

LA PRINCESA Y EL GUARDIAN

POR MARISSA MEYER

—¡Ayúdeme, Sir Clay! ¡Sálveme!— Winter se cubrió tras el fuerte de almohadas. Aunque su fortaleza era fuerte, sabía que no podría contener a los villanos para siempre.

Afortunadamente, en el más oportuno de los momentos, Sir Clay acudió a su rescate, empuñando el legendario Sable de Luz Terrestre... que en realidad era una espada de práctica de madera que su padre le había regalado en su séptimo cumpleaños.

—¡Nunca se apoderarán de la princesa! — gritó Jacin. —¡La protegeré con mi vida, demonios terrestres!—. Blandió y atizó la espada, mientras Winter abandonaba la pila de almohadas y se arrastraba bajo la cama.

—¡Sir Clay! ¡Detrás de ti!—.

Jacin se dio la vuelta para mirarla, justo cuando Winter saltó frente a él. —¿Princesa?— preguntó, con cierta incertidumbre en sus ojos.

Winter sonrió maliciosamente y lo placó justo en la cintura, haciendo que ambos se estrellaran en el colchón. —¡Ajá!— bramó. —¡Has caído directo en mi trampa! Creíste que yo era tu querida princesa, pero sólo estaba usando un espejismo para engañarte. ¡Soy nada menos que Vil Velamina, la infame pirata espacial!—

—¡No! ¡No Vil Velamina!— dijo Jacin, con una fingida expresión de asombro. —¿Qué le has hecho a mi princesa!—

—La aprisioné en mi nave espacial. Nunca la verás de nuevo. ¡Bua-ja-ja!—.

—¡No! ¡Yo la rescataré!—.

Jacin, que ya empezaba a superar a Winter en estatura, la empujó a un lado con facilidad. Winter chilló y cayó de bruces al suelo. No fue un golpe fuerte, pero se raspó la rodilla cuando cayó en la alfombra.

Jacin se puso de pie, tratando de equilibrarse en el mullido colchón, y empuñó la espada hacia ella. —De hecho, fuiste *tú* la que cayó en mi trampa, asquerosa pirata. Estás justamente donde te quería—. Estirándose, se colgó de uno de los bornes que sostenían el dosel de la cama de Winter. —En cuanto tire de esta cuerda, una escotilla se abrirá bajo tus pies, y caerás directo a... —dudó un instante.

—¡Oh... la casa de fieras!— sugirió Winter, con una mirada entusiasta. —A la jaula de Ryu. Y el lobo está muy, muy, muy hambriento, ¡y devorará a la pirata de un bocado!—

Jacin frunció el ceño. —¿Estás planeando tu propio fin?—

—Fue la princesa quien habló. Te transmití la idea directamente a tu mente. Velamina me ató, pero no estoy inconsciente—.

Jacin empezó a reír. —Bien, bien, lo que digas—. Tiró del borne con gran dramatismo. Las cortinas apenas se movieron, pero Winter actuó de todas maneras, gritando agónicamente y dando vueltas en la alfombra como si acabara de ser arrojada a la mazmorra que contenía al más feroz de los lobos de todos los tiempos.

Jacin empuñó su espada hacia el techo. —Ahora debo rescatar a mi princesa y regresarla sana y salva al palacio, donde seré recibido con grandes honores—.

—¿Honores?— se burló Winter. —¿Vas a pedir riquezas o algo así? ¿Como una mansión en AR-4?—

Negando con la cabeza, Jacin miró fantasiosamente hacia el espacio exterior. —Ver la sonrisa de mi princesa cuando esté a salvo en su hogar es toda la recompensa que necesito—.

—Ew, que asco—. Winter le arrojó una almohada a la cabeza, pero Jacin la esquivó y brincó de la cama.

—Ahora, con la pirata eliminada, sólo debo encontrar su nave espacial—.

Winter apuntó a las puertas de cristal que conducían a su balcón. —Está allá afuera—. Inflando el pecho como un valeroso héroe, Jacin se pavoneó hacia las puertas.

—¡Espera!— Winter se puso de pie de un salto y tomó un cinturón de su guardarropa. Esponjó sus rizos de su cara, tratando de dejar a un lado a Vil Velamina y regresar a su papel de dulce y tímida princesa.

En el balcón, hizo un gran espectáculo improvisado al atarse a sí misma a la barandilla.

—Te das cuenta...— dijo Jacin, mirando a todos lados aprensivamente, —que si alguien mira hacia aquí ahora, pensará que de verdad estás en problemas, ¿no?—.

—Pfff. Nadie creería que *tú* puedes manipularme tan fácilmente—.

Jacin endureció la quijada, sólo un poco, y Winter sintió un atisbo de culpa. Aunque fingía no darse cuenta, Jacin era consciente de lo pobremente desarrollado que estaba su don lunar. A sus ocho años de edad, ya debía haber empezado a practicar su don y a aprender manipulación emocional, pero ya empezaba a ser obvio que Jacin había

heredado la falta de talento de su padre. Su don era apenas un poco más fuerte que el de un caparazón.

Winter sabía que era malo, o vergonzoso incluso, tener tan poco talento, especialmente aquí, en la ciudad capital de Artemisia.

Por otro lado, el don de Winter había sido entrenado desde que tenía apenas cuatro años, y se volvía más fuerte cada día. Asistía a prácticas cada semana con un tutor, el Maestro Gertman, quien decía que se estaba convirtiendo en uno de los pupilos más talentosos que había tenido.

—Muy bien, estoy lista— dijo, apretando el cinturón sobre sus muñecas.

Jacin sacudió la cabeza. —Estás loca, simplemente eso—.

Winter le hizo una mueca, luego echó dramáticamente su cabello a un lado y puso una cara de angustia. —¿No hay ningún héroe fuerte y valiente que venga a salvarme de estos horribles piratas? ¡Ayuda! ¡Ayuda!—.

Pero Jacin seguía con el ceño fruncido, con su atención completamente fija en algo más allá de su hombro. —¿Quién está en la sala del trono?—.

Winter se dio la vuelta. Sus aposentos estaban en el ala privada del Palacio de Artemisia, donde dormía la familia real, justo al final del pasillo que conducía al cuarto de su padre y su madrastra. Se ubicaba en el tercer piso, con una maravillosa vista del Lago Artemisia, y desde ahí podía ver casi toda el ala opuesta del palacio, que se extendía a lo largo de la parte más lejana del lago.

Al centro del palacio se encontraba la sala del trono. Era la única habitación que tenía un balcón que sobresalía sobre las aguas del lago, sin barandilla o protección alguna para quien se acercara demasiado al borde.

Y había una mujer de pie ahí, mirando hacia el agua.

Winter no la reconoció, pero el uniforme que usaban los sirvientes del palacio era visible incluso desde ahí. —¿Qué hace?— preguntó.

No había terminado de hablar antes de que Jacin se diera la vuelta y empezara a correr. Con el pulso acelerado, Winter trató de deshacer el nudo de sus muñecas. — Espera... ¡Jacin! ¡Espérame!—. Jacin no le hizo caso, y a Winter no se le ocurrió usar su don para hacerlo esperar sino hasta que ya había abandonado la habitación. Finalmente

pudo quitarse el cinturón de las manos. Miró de reojo la sala del trono, y, aliviada de ver que la mujer no se había movido de ahí, corrió tras Jacin.

Su guardia, su guardia *real*, se sorprendió al verla salir corriendo hacia el pasillo y la siguió tan rápido como pudo mientras Winter bajaba hacia el vestíbulo, pasando por las familiares y blancos empedrados del palacio. Nadie trató de detenerla, aunque taumaturgos, guardias y nobles por igual se hacían a un lado para dejarla pasar.

Vio desaparecer a lo lejos la rubia figura de Jacin al pasar por las enormes puertas negras de la sala del trono. Las puertas casi se habían vuelto a cerrar cuando las empujó con su brazo para abrirse paso.

Jacin se había detenido casi al entrar al cuarto, y Winter estuvo a punto de chocar con él, de no ser porque extendió sus brazos para atraparla.

—¡No! — gritó la mujer. —Salgan de aquí. Su Alteza no tiene que ver esto—. Hablaba con voz quebrada y temerosa, y tenía los ojos crispados. Era joven, tenía quizá unos veintipocos años, y era naturalmente hermosa. No necesitaba un glamour para lucir esa rosada piel y su grueso cabello castaño, pero tampoco podía ocultar el vacío de sus mejillas o el pánico en su mirada. Toda su expresión denotaba quebrantamiento, desesperación y una angustia que Winter entendería después.

La mujer estaba a medio paso del borde del balcón. Iba a saltar. *Por su propia voluntad.*

Winter se quedó boquiabierto. ¿Cómo podría alguien llegar a desear algo así?

—Por favor— dijo Winter, avanzado vacilantemente hacia ella. —Regresa acá. Todo va a estar bien—.

Jacin puso una mano sobre el hombro de Winter, como si tratara de hacerla volver, pero Winter lo obligó a regresar su mano a su costado con un simple pensamiento. Escuchó un bufido de molestia, pero lo ignoró mientras avanzaba fuera de su alcance.

Tras ella, escuchó los pasos de guardias acercándose a la sala, justo antes de que las puertas se abrieran de golpe.

Pero sólo eran guardias. Tenían tanto talento como Jacin o como el padre de Winter, es decir, prácticamente ninguno. Ellos no podían ayudar a esta mujer.

Yo puedo, pensó. Puedo salvarla.

Tragando saliva, Winter dio otro paso hacia adelante.

La mujer había empezado a llorar. —Por favor— rogaba. —Por favor, aléjese, Su Alteza. Déjeme hacer esto, por favor—. Se cubrió el rostro con las manos y Winter notó un moretón en uno de sus brazos.

—Todo va a estar bien. Puedes confiar en mí—.

Sólo regresa.

La mujer retrocedió, y su expresión comenzó a cambiar. Ya no se veía asustada, sino sombría y determinada. Apretó la mandíbula y bajó la mirada hacia las incesantes olas. El lago era insondablemente oscuro y se extendía más allá del horizonte, hasta donde se podía ver.

Levantó uno de sus pies, oscilando a la orilla del balcón.

Winter sintió el pánico adueñarse de su cuerpo. La mujer necesitaba ayuda, necesitaba *su* ayuda...

Apretando los puños, alcanzó su pie con su mente. Sabía el riesgo que corría, si accidentalmente la hacía perder el equilibrio, podría hacerla caer del balcón aun cuando sólo hubiera tratado de salvarla. Pero era instintivo, tal y como había sido en las clases con el Maestro Gertman.

Fue cuidadosa. Con delicadeza y gentileza. Impuso su control sobre su pie, sobre la planta de su pie, su tobillo, su rodilla y hasta alcanzar su muslo. La hizo bajar firmemente su pierna.

La mujer lloriqueó. —No, por favor. ¡Por favor!—.

—Todo está bien— susurró Winter, instando la otra pierna ahora. Un paso. Otro paso. Lentamente, la mujer se retiró de la orilla del balcón.

Después del tercer paso, decayó, perdiendo toda fuerza en su cuerpo, y Winter la dejó desplomarse en el suelo de cristal.

Sintiendo un gran alivio, se acercó a la mujer, inclinándose frente a ella y poniendo una mano en su hombro. La mujer comenzó a lloriquear más fuerte.

—Ya estás bien— dijo Winter. —Estás a salvo—.

Como la mujer sólo lloró más fuerte, Winter hizo lo que pudo para confortarla. Persuadió a la mujer a creer que era cierto, que *estaba* a salvo y que todo estaría mejor. Le grabó emociones agradables en su mente. Era el tipo de manipulación más difícil que

los lunares podían lograr, el cambiar, no sólo la visión de las personas o doblegar la voluntad de sus cuerpos, sino hasta sus propios sentimientos.

Pero Winter creía poder hacerlo. Tenía que hacerlo. Había estado practicando para esto. Escogió felicidad. Una suave capa de alegría se impuso en la mente de la mujer. No se detuvo sino hasta que una apareció una agradecida sonrisa en el rostro de la chica, calentando a Winter hasta los huesos.

—Gr-gracias, princesa— dijo la mujer, con una voz lánguida y temblorosa.

Winter respondió radiante: —De nada—.

Casi se había olvidado de que Jacin y los demás guardias seguían observando hasta que escuchó más pasos en la habitación.

—¿Qué significa todo esto?—.

Se congeló, desvaneciéndose rápidamente toda sensación de alivio. La mujer gimió y se desplomó a su lado, como un títere al que le hubieran cortado los hilos.

Tragando saliva con dificultad, Winter levantó la mirada. Su madrastra, la Reina Levana, junto a un puñado de guardias y dos de sus taumaturgos de más alto rango, Sybil Mira y Aimery Park, miraban la escena con el ceño fruncido. Winter, Jacin y la mujer cuya sonrisa se había convertido en una mirada vacía.

El guardia personal de Winter tartamudeó la mejor explicación que pudo dar, y Winter miró hacia otro lado, incapaz de soportar la mirada de desaprobación de su madrastra.

—Parece que la chica necesita ayuda— dijo el Taumaturgo Park. Su voz era tan agradable de oír como la suave corriente de un arroyo. Tenía la voz más adorable de toda la corte, y oírlo siempre le hacía sentir escalofríos en la espalda.

—Ella *necesita* volver a trabajar— dijo la reina Levana. —No voy a tolerar la indolencia en mi palacio. Si vuelve a provocar un disturbio, tendrá que lidiar con la corte. Ahora, quiero a todos fuera de mi sala del trono en este instante—.

La sirvienta abrazó sus rodillas, tan endeble como una muñeca rota.

Winter trató de darle a la chica más pensamientos de tranquilidad mientras los guardias la arrastraban fuera, pero la expresión de la mujer era tan desolada, que no había forma de saber si había tenido éxito.

—¿Qué pasó en la sala del trono hoy, Winter? —

Su corazón repiqueteaba y levantó la cabeza para ver a su padre, mientras hacía a un lado el libro holográfico que acababan de leer. Winter había tenido sus emociones a flor de piel toda la tarde, oscilando entre orgullo por haber salvado a esa pobre mujer y angustia por haber tenido que salvarla en sí.

Aquí en el palacio, siempre estaban rodeados de abundancia artística y esplendor, comida y entretenimiento. Los trabajadores, e incluso los sirvientes, eran tratados, según se decía, más justamente en Artemisia que en ninguna otra parte de la Luna. ¿Qué podría haber sido tan malo que la empujara a tratar de atentar contra su propia vida?

—Había una sirvienta que... iba a saltar del balcón de la sala del trono, hacia el lago— dijo Winter. —Quizá... creo que quería lastimarse. Así que la detuve—.

Su padre asintió, y Winter podría apostar a que ya había escuchado la historia, probablemente de guardias que estaban de servicio en ese momento. Su padre le agradaba a todo el mundo. A pesar de haberse casado con la reina, los otros guardias todavía lo trataban como un amigo, y Winter y Jacin se habían metido en problemas más de una vez cuando sus guardias personales le contaban sus travesuras.

—¿Estás bien?—

Ella asintió. —Aunque todavía no entiendo por qué quería hacerlo—.

Su padre guardó silencio por un largo rato, luego abrazó cariñosamente a Winter, acercándola a su pecho. Escuchar su corazón latir era algo confortador y relajante.

—Estoy orgulloso de que hayas intentado hacer lo correcto— dijo finalmente, aunque la forma en que lo dijo confundió a Winter. *¿Intentado?* —Pero tienes que entender que hay otras maneras de ayudar a la gente además de manipularlas con tu don. Por lo general es mejor hablar con ellas primero y luego pensar en cómo ayudarlas—. Vaciló un poco antes de continuar. — Cuando usas tu don en alguien sin su permiso, le estás quitando su libre albedrío, y eso no es justo—.

Winter se alejó, ya no se sentía confortada por su pulso. Lo miró a los ojos. —Ella iba a saltar. Habría muerto—.

—Lo entiendo, Winter. No estoy diciendo que hiciste algo malo, y sé que hiciste lo que te pareció correcto. Y tal vez lo era. Pero... es evidente que te volverás alguien

talentosa, mucho más de lo que yo alguna vez lo sería. Y aunque estoy orgulloso de eso, también sé que el fortalecer tu don puede llevarnos a veces a tomar malas decisiones. Decisiones que pueden herir a la gente que nos rodea si no tenemos cuidado—.

Winter apretó la mandíbula, y se sorprendió del dolor y la ira que empezaban a florecer en su estómago. Su padre no entendía. Quizá él no podía entenderlo, después de todo, él no hubiera podido ayudar a la mujer hoy. No como lo había hecho.

Winter le salvó la vida a esa mujer. Era una heroína.

Sus labios empezaron a temblar, y su padre suavizó su expresión. La abrazó otra vez, acercándola hacia sí, y besando tiernamente su frente una y otra vez.

—No estás en problemas— dijo. —Espero que la chica obtenga la ayuda que necesita ahora, y que te lo agradezca algún día. Sólo quiero que entiendas... que hay personas en este palacio, y en toda la Luna, que ven a la manipulación como la forma más fácil de resolver cualquier problema. Y aunque pueda ser útil a veces, rara vez es la única forma, o la mejor. Y la persona a la que manipulas... tiene derecho a decidir por sí misma. ¿Lo entiendes?—.

Asintió, pero estaba segura de que era *él* quien no había entendido.

Amaba a su padre con todo su corazón, pero él nunca sabría lo que es ayudar a alguien con un simple pensamiento. Podías darles felicidad o cambiar la forma en que ven el mundo.

Iba a usar su don para ayudar a la gente. Para hacer de Artemisia un lugar mejor. Salvar a esa sirvienta era sólo el principio.

En los meses siguientes, Winter se concentró en sus estudios más que nunca. Su don se volvió más fuerte. Sus pensamientos se hicieron más astutos. Practicaba en Jacin cuando podía, aunque después de esa conversación con su padre, se aseguraba siempre de pedirle permiso para hacerlo.

Miraba con atención a la sirvienta a la que había salvado. Winter siempre le dedicaba una sonrisa amable y, cada vez que se encontraban en el palacio, se aseguraba de darle un estímulo adicional de emociones agradables.

Se aseguraba de que la mujer se enorgulleciera del trabajo que desempeñaba en el palacio. Le aumentaba la satisfacción de vivir en una ciudad tan hermosa. Le imponía la convicción de que era amada y apreciada, le daba calma y seguridad. Una continua corriente de todas las emociones positivas que se le ocurrían, para que nunca se volviera a sentir tentada a terminar con su vida otra vez.

Pasó un año, dos, luego tres, pero Winter comenzó a notar un cambio en lo que ella creía que era una tranquila camaradería entre ella y la sirvienta. Se dio cuenta de que cuando la chica veía a Winter aproximarse, cambiaba de dirección antes de que pudiera alterar sus pensamientos. La estaba evadiendo.

Winter no podía entender por qué.

Entonces, una tarde, durante su sesión semanal de práctica, el Maestro Gertman le dijo que Winter se estaba volviendo tan hábil en su don que había superado sus expectativas, y que tenía tanto talento que podría convertirse en taumaturga algún día. Era un gran honor. Una posición reservada únicamente para los lunares más talentosos de todo el reino.

Winter se regodeó como un pavorreal toda la tarde. Se jactó de ello con Jacin, y se molestó cuando no estuvo ni cerca de sorprenderse tanto como pensó que lo haría.

Se fue a dormir esa noche con una gran sonrisa en el rostro.

Horas más tarde, se despertó de golpe por el sonido de un disparo en el cuarto de su padre.

Tendría pesadillas los años siguientes. La sangre de su padre. El taumaturgo que le disparó, tendido muerto en la esquina de la habitación. Winter de pie con su bata de noche, llorando sin poder creerlo, e incapaz de moverse en lo absoluto, como si le hubieran cosido los pies a la alfombra.

Lo de Selene se repetía otra vez. Tenía siempre a su lado a una persona a quien amaba más que a nadie en todo el mundo, y en un instante se iba para siempre. Selene, arrebatada por el fuego y el humo. Su padre, asesinado a sangre fría por un taumaturgo.

En los años posteriores, no sería la sangre, o la mirada de su padre muerto, o los guardias que entraban rápidamente a la habitación lo que más recordaría Winter.

Sería su madrastra. La reina. Destrozada por esos desconsolados sollozos que Winter creía nunca poder olvidar. Esos lamentos aparecerían en sus pesadillas por el resto de su vida.

A los nueve años de edad, Winter comenzaba a entender que no era normal que una reina se casara con un guardia. Empezaba a comprender que era algo bastante extraño, por no decir vergonzoso.

Pero al escuchar los sollozos de su madrastra esa noche, entendió por qué escogió a su padre. Lo amaba. A pesar de las murmuraciones, las miradas hostiles, o los gestos de desaprobación, ella lo amó.

Desde esa noche, Winter comenzó a temerles a los taumaturgos. No eran miembros honorables de la corte. No eran sus amigos, o sus aliados.

Ella nunca se convertiría en uno de ellos, sin importar lo mucho que alabaran su don.

Winter se despertó jadeando, con los lamentos de su madrastra aun resonando en su cabeza, atisbos de su pesadilla. Estaba empapada de sudor frío.

Habían pasado años desde el asesinato de su padre, y no había soñado con eso en meses, pero el horror y la consternación eran igual de fuertes siempre.

Sin esperar a que su pulso se calmara, Winter se levantó de la cama. Buscó a tientas en su armario un par de pantuflas y se arregló un poco sus rizos antes de salir al corredor.

Si el guardia que vigilaba su puerta sintió sorpresa de verla despierta a media madrugada, no la demostró. No era un evento raro. Hubo un tiempo en el que solía escabullirse casi cada noche al ala del palacio donde vivían los guardias y sus familias, cuando las pesadillas se volvieron de verdad insoportables. Esas noches en las que ella y Jacin comían helado de chocolate y miraban dramas estúpidos en los nodos holográficos. Cuando fingía no darse cuenta de que Winter lloraba cuando la dejaba apoyarse en su hombro.

Esa noche, sin embargo, no se dirigió hacia el ala privada de los guardias.

En su lugar, conforme se aproximaba al pasillo principal del palacio, escuchó gente que conversaba afuera. El sonido de botas yendo de aquí para allá. Un par de criadas que

susurraban tristemente en una alcoba, sobresaltándose y haciendo una reverencia cuando notaron a Winter.

Siguió el alboroto y la dirigió a una de las bibliotecas.

El Taumaturgo Aimery Park estaba de pie cerca de una ventana. Usaba su túnica carmesí, a pesar de que era de madrugada. —Su Alteza, ¿qué hace despierta a esta hora?—.

A Winter no le agradaba el Taumaturgo Park, aunque era lo suficientemente lista como para no demostrarlo. Ni siquiera podía decir con certeza que tenía Aimery Park que la hacía sentir nerviosa cuando estaba cerca.

Siempre sonreía cuando la veía, pero era como la sonrisa de un buitre.

Sin ánimos de hablar de su pesadilla, Winter le respondió: —Creí haber oído algo—.

Él asintió. —Ha pasado una tragedia, joven princesa. No tiene por qué ver lo que ocurrió—.

Devolvió su mirada hacia la ventana, y, a pesar de su advertencia, no la detuvo cuando se dirigió hacia la siguiente ventana, donde dos guardias miraban hacia los jardines.

Winter se quedó helada.

Un cadáver yacía en una de las fuentes. La sangre se escurría en la cuenca. Las extremidades se extendían de forma extraña.

A pesar de estar demasiado lejos para asegurarse, sabía que se trataba de la joven sirvienta. A la que había salvado hace años, cuando sólo era una niña. A la que Winter había alimentado felicidad gran parte de su joven vida. O al menos, eso creía.

Winter se echó para atrás.

—Estaba enferma, princesa— dijo Aimery. —Es una lástima, pero estas cosas pasan—

Incapaz de hablar por el enorme nudo en su garganta, Winter se dio la vuelta y huyó de la habitación. Caminaba al principio, luego corrió rápido, *más rápido*. Tras ella, escuchó el familiar sonido de las botas del guardia que la seguía. *Déjalo correr. Déjalo que te persiga.*

Corrió tan rápido como pudo, agitando los brazos de adelante hacia atrás, tocando apenas el frío suelo.

Cuando alcanzó el ala donde vivían los guardias, se topó con el padre de Jacin, Sir Garrison Clay, que iba de camino a su siguiente relevo. Era un guardia del palacio, igual que el padre de Winter. Había entrenado juntos desde hace años, y se volvieron buenos amigos desde el principio, era también gracias a ello que conocía a Jacin desde pequeña.

—Su Alteza— dijo Garrison sorprendido cuando la vio llegar inmersa en alguna clase de consternación. —¿Qué pasa?—

—¿Está Jacin despierto?—

—No lo creo. ¿Va todo bien?—

Asintió y susurró: —Sólo fue otra pesadilla—.

Su expresión se volvió comprensiva y se dirigió de vuelta hacia el apartamento en el que vivía con su esposa y Jacin, junto a otros dos guardias y sus familias, en un espacio equivalente a los aposentos privados de Winter. Una vez que estuvieron dentro, la tomó fraternalmente de los hombros y sonrió antes de irse; no se permitía que un guardia llegara tarde a servicio, incluso si la princesa misma hubiera ido a tocar a su puerta.

Jacin permanecía todavía somnoliento, pero era de sueño ligero, y abrió los ojos en el momento en que Winter abrió la puerta. La pesada respiración de su madre podía oírse desde el catre donde dormía en el otro extremo de la habitación. —¿Qué pasa?— susurró, incorporándose.

Winter avanzó un poco, pero vaciló. Por años, habría sido de lo más natural acurrucarse en la cama a su lado. Después de todo, él la había consolado muchísimas veces después que su padre murió.

Pero últimamente, sentía como si algo hubiera cambiado. Jacin tenía catorce años ahora, y ya no era el desgarbado chico con el que había crecido. Se veía más alto y fuerte cada día.

Ella también había pasado por cambios, aunque no estaba segura si Jacin los había notado.

De pronto, sin haberse nunca preocupado por las monsergas de la corte como 'recato' y 'decoro', Winter se dio cuenta de que dudaba de su más antigua y más querida amistad.

—¿Winter?—.

—Está muerta— balbuceó. —La sirvienta. Ella... se lanzó de una ventana, a los jardines. Ella... —. Comenzó a llorar.

Jacin hizo una mueca de preocupación, y la abrazó.

Todas sus preocupaciones se desvanecieron en cuanto se acurrucó en la cama llorando apoyada en el pecho de Jacin. Fue una idiota al pensar que crecer había cambiado algo. Este era, y sería, el lugar al cual pertenecía.

—Buenas tardes, Sir Owen— dijo Winter al salir de sus aposentos la mañana siguiente. Hizo una reverencia hacia su guardia, culpable de haberlo hecho correr para seguirla por medio palacio la noche anterior, pero él no la miró ni tampoco regresó el saludo. Algo habitual en los guardias. Estaban para proteger y servir, o actuar como barrera o escudo humano de cualquier intruso que quisiera lastimar a la familia real. No eran amigos. No eran aliados.

Pero Winter no podía ignorarlo siempre tanto como él la ignoraba.

Recorrió el pasillo, de camino a su sesión de práctica, cuando vio a Jacin esperándola en cuanto dio vuelta en la esquina que dirigía al área de elevadores. Winter sonrió, una reacción instintiva, aunque la ahogó en cuanto miró su semblante. Jacin frunció el ceño.

Miró a su guardia, que había guardado una distancia respetuosa de Winter, antes de inclinar su cabeza ligeramente hacia ella. —Encontraron una nota—.

—¿Una nota?—

—De la sirvienta. De la que...— No era necesario completar la oración. —Mi papá está en el equipo de investigación. La encontraron en las habitaciones de los sirvientes. Probablemente no la hagan pública, pero pude leerla antes que se la llevaran—.

—Y era... ¿una nota de suicidio?— preguntó, con el corazón latiendo fuertemente. El sólo decirlo le producía escalofríos. El suicidio siempre era visto con sospecha en la sociedad lunar. Todos sabían, incluyendo a las princesas de doce años de edad, que un aparente suicidio podía encubrir fácilmente un asesinato bajo manipulación. Así eran

como se practicaban las ejecuciones formales de la reina, después de todo. Entregarles una daga afilada y dejar que ellos acaben con su propia vida.

Pero la corona no tenía un monopolio sobre el don lunar, por mucho que la reina así lo deseara. Ninguna muerte podía ser probada como un auténtico suicidio, y eran contados los asesinos que eran procesados.

—¿Qué decía?— preguntó Winter.

—No fue un homicidio. Ella definitivamente lo dejó en claro—. Jacin mantuvo la voz baja mientras entraban al elevador, acompañados de su estoico guardia, y no dijo más sino hasta que salieron del ascensor nuevamente y lo aventajaron por una distancia considerable.

Winter frunció el ceño. Por mucho que hubiera esperado que fuera un malentendido, no se sorprendió en lo absoluto. Nadie manipulaba a la mujer en la sala del trono antes de que Winter la salvara. O pensaba que la había rescatado. No podía saber cuántas veces más había intentado quitarse la vida la mujer antes de que tuviera éxito.

—Pero, ¿por qué?—

Jacin lanzó una mirada furtiva por el pasillo. Unos jóvenes aristócratas deambulaban por ahí, probablemente acabando de terminar sus propias sesiones de práctica, y cuando notaron a la princesa se detuvieron a mirarla bobamente. Winter los ignoró. Estaba acostumbrada a que la miraran así.

Jacin frunció el ceño por repetida ocasión y parecía aliviado cuando se fueron. —¿Estás segura de querer saberlo?—.

No estaba completamente segura, pero asintió de todas maneras. ¿Qué podría llevar a una persona a tomar tal decisión? ¿Qué podría hacerle creer que no había otra alternativa? Especialmente cuando existen doctores y especialistas que podían asegurarse de que no te sintieras triste, o sola, o asustada nunca más.

Jacin tragó saliva con dificultad. —Estaba embarazada—.

Winter se detuvo de golpe. Jacin la espero, mostrando un atisbo de extrañamiento. —¿Embarazada?—.

Eso no aclaraba nada. Hasta donde sabía, las mujeres se alegraban cuando se enteraban de que estaban embarazadas.

Jacin apretó la mandíbula. Su expresión cambió de compasión a ira en medio segundo. Sus ojos azules, que usualmente brillaban, se ensombrecieron con una rabia que Winter rara vez había visto. —La nota decía que el Taumaturgo Park es... bueno, era el padre—.

Winter se sobresaltó.

—Evidentemente, la había estado manipulando por ya mucho tiempo—. Jacin apartó la mirada, hirviendo de rabia. —Nadie sabe exactamente por cuanto lo hizo. O... qué métodos usó con exactitud para...—. Su cara empezaba a enrojecerse, mostraba una respiración agitada, y nudillos blancos de tanto apretar los puños.

Qué métodos.

Este era un terror que Winter conocía, pero del que pocos hablaban. Manipulación del más fuerte hacia el más débil. Podías hacer que una persona hiciera *lo que fuera*, y aunque era en contra de las leyes hacerlo, pero con los poderosos entre la élite y los ejecutores, ¿quién iba a detenerlos?

Recordó la desesperación en la mirada de la mujer, la desesperación que se había vuelto mayor con el paso de los años.

Winter apretó fuertemente su estómago. Su boca se puso agria y pegajosa de repente, y se le hacía difícil tragar saliva. Se iba a enfermar.

—Lo siento— dijo Jacin poniendo una mano en su hombro. —No sabía si debía decírtelo o no. Sé... yo sé que tienes que te lo *encuentras*...—.

Sólo en la corte. Sólo tenía que lidiar con él en la corte.

Aun así, sería demasiado. —¿Qué van a hacerle?— preguntó. Pero Jacin no respondió.

Aimery era un favorito de la reina. No habría repercusiones por su crimen. Cerrando fuertemente los ojos, Winter aceptó un breve abrazo de Jacin antes de alejarse. La acompañaría el resto del camino a su sesión, pero apenas notaba su presencia mientras su mente procesaba toda esa terrible información.

La desesperación de la mujer.

Los moretones que a veces notaba en sus brazos, medio cubiertos únicamente por las mangas de su uniforme. Y Aimery mirándola desde la ventana de la biblioteca. *Esas cosas pasan.*

Se detuvo de pronto junto a una maceta y se inclinó sobre ella. Jacin y el guardia permanecían a su lado. La firme mano de Jacin sobre su espalda, confortándola. El guardia preguntando si debía llamar a un médico.

Negó con la cabeza. —Fue algo que comí— dijo, escupiendo tan delicadamente como pudo. —Pero, quizá, si un sirviente pudiera limpiar...—.

—Le avisaré a alguien en seguida—.

No se habló nada más, pero Winter no se sentía mejor. Todavía tenía el estómago revuelto. Había rescatado a esa mujer. Creía que la había salvado.

Cuando lo único que había hecho era hundirla aún más en las garras de su tormento. Había permitido que abusara de ella por años, y la mujer no podía oponerse a ello... no cuando

Winter la forzaba a ser feliz, a estar contenta, a *sólo aceptarlo*.

Winter no la había salvado en lo absoluto.

—Está distraída hoy, su Alteza—.

Winter apartó la mirada de la joven criada a quien usaban como herramienta en sus sesiones de práctica. La que mantenía la mirada abajo y las manos firmes en su regazo. La que no decía nada. La que era un simple utensilio para la educación de Winter. Durante el año pasado, Winter había hecho que la niña riera y se desmayara, que bailara y tocara la punta de su nariz, y que cayera en un profundo sueño. Ni siquiera sabía el nombre de la chica.

—¿Su Alteza?— dijo el Maestro Gertman. —¿Me escuchó?—.

Winter sonrió a su instructor. —Lo siento. Estoy... todavía estoy algo alterada, creo, por la sirvienta. La del otro día—.

—Ah, sí. Escuché que era la misma chica a la que evitó que saltara de la sala del trono cuando era pequeña—. El Maestro Gertman entrelazó sus dedos. —No es nada de lo que deba preocuparse, princesa. Las tragedias pasan a veces, incluso aquí en Artemisia—.

Tragedias. *Tragedias*. Todo el mundo usaba la palabra como si lo lamentaran. Pero, ¿la tragedia era la muerte de la mujer, o su vida misma?

Miró de nuevo a la joven criada, esperando para ser manipulada. Tenía una buena vida aquí en el palacio, ¿no? Winter nunca la hizo hacer nada horrible durante sus entrenamientos, nunca le hizo daño, ni la forzó a hacerse daño. Le hacía ver ilusiones lindas. Sólo le imponía emociones felices en su mente.

Por su servicio, la chica y su familia eran ricamente recompensadas. Era mejor que cualquier cosa que pudieran aspirar en los sectores exteriores.

¿Cierto?

Pero al mirarla ahora, Winter notó, por primera vez, una considerable blancura en los nudillos de la chica.

Estaba tensa. Quizá asustada, incluso. ¿De *Winter*? ¿Del tutor? ¿De alguno de los pupilos que habían tenido práctica a lo largo del día?

El mundo entero comenzó a darle vueltas, y supo con una contundente claridad que esto no era correcto. Sus sesiones de entrenamiento. Los taumaturgos. El don lunar en sí. El poder que los fuertes, como ella, o la reina, o Aimery, ejercían sobre los débiles. Como esta joven sirvienta. Como Jacin.

Como el padre de Winter.

Era exactamente lo que había tratado de hacerle entender años atrás.

—Intente otra vez, Princesa— la animó el tutor. —Lo hizo tan bien la semana pasada—

Miró al Maestro Gertman de nuevo. —Lo siento. Estoy un poco débil. No me he sentido bien, y... ¿podría repetirme las indicaciones, por favor?—.

—Sólo un espejismo básico, su Alteza. Quizá podría intentar cambiar el color de su cabello—.

Winter alzó la mano y apretó un puñado de sus crespos y negros rizos. Podía hacer eso. Lo había hecho cientos de veces antes.

La joven sirvienta respiró hondo.

Winter soltó su cabello y se puso a jugar con él. La belleza era usualmente el objetivo de los simples encantos, y usualmente habría tomado el encanto de la mujer más hermosa que conocía, la mujer más hermosa que todos conocían. Su madrastra, la reina Levana. La mujer más hermosa de la Luna.

La parte difícil era parecer mayor. Para que un espejismo sea efectivo, tienes que creer que te ves como quieres que los demás te vean. Y aunque Winter se dio cuenta de lo fácil que era cambiar su rizado cabello o el tono de su morena piel, o hacerse ver más alta, o más delgada, o más voluptuosa... hacerse ver madura, con toda la gracia y experiencia de su madrastra, requería una concentración mental que todavía estaba desarrollando.

Aunque estaba mejorando. El Maestro Gertman la elogiaba a menudo. Algún día sería poderosa. Algún día, sería tan fuerte como un taumaturgo.

Miró a la cabeza de la chica. —Lo siento— susurró. —No puedo—.

El tutor frunció el ceño.

Rascándose la nuca como si de verdad estuviera avergonzada, Winter le dio una débil sonrisa. —Sólo estoy cansada. Y distraída. Quizá deberíamos intentarlo otro día. ¿Hay algún problema en ello, Maestro Gertman?—.

Todavía mostraba sorpresa. La sirvienta no se movió en lo absoluto, como si no hubiera escuchado a Winter, o como si no le importara en lo absoluto que la princesa no fuera a manipularla hoy. Era casi como creer que no estaba allí.

Finalmente, el Maestro Gertman se echó para atrás y asintió. —Por supuesto, su Alteza. Debería irse a descansar. Lo intentaremos la próxima semana—.

Se puso de pie y sonrió tan encantadoramente como pudo. El tutor se veía ligeramente nervioso. —Gracias, Maestro—. Hizo una reverencia antes de abandonar su oficina.

Jacin todavía la estaba esperando en el pasillo, justo donde lo había dejado.

Sorprendido, se puso de pie rápidamente. —¿Ya terminaste?—.

Winter se aseguró de cerrar la puerta de la sala del tutor y miró a Jacin a los ojos. Brillaban bajo la luz de las enormes ventanas del corredor. Su amigo se estaba volviendo bien parecido, de hecho, y él nunca necesitaría un encanto para mejorar eso.

Las palmas de sus manos se pusieron cálidas de repente, y empezaban a sudar. Su inesperada determinación la asustó, pero sabía que no podía cambiar de parecer. —He tomado una decisión, Jacin—.

Él se inclinó ligeramente hacia Winter.

Todas las personas buenas, como Jacin, su padre, Sir Garrison Clay, y los sirvientes que le sonreían amablemente en los pasillos, y quienes no se veían incómodos de no tener prístina piel o gruesas y encantadoras pestañas, no usaban espejismos. Ellos no manipulaban a la gente a su alrededor.

Winter no quería ser como su madrastra o los taumaturgos. Quería ser como la gente a la que amaba.

Se acercó más a Jacin, para que nadie más pudiera escucharla. Claro, porque su decisión iba en contra de todo lo que la sociedad defendía, lo que más valoraba.

—Ya no usaré mi don jamás— susurró. —Nunca más—.

Era más fácil de lo que esperaba, una vez que la decisión fue tomada. Aunque claro que requería cambios de hábitos. Si quería que un sirviente le trajera algo, tenía que pedirlo, en lugar de implantar la orden en su mente. Si quería lucir especialmente bonita para una fiesta, llamaría a un estilista para que le aplicara rubor en sus mejillas y coloreara sus párpados, en lugar de crear la ilusión en su mente para empezar.

Aunque nunca olvidó su voto. Se mantuvo fiel a su palabra.

El Maestro Gertman estaba confundido al ver que el progreso que habían tenido en años se había disuelto en el transcurso de una sola semana. Winter era persistente con sus excusas. Fingía intentarlo. Parecía muy convincente. Pero después de cada intento simulado, la sirvienta también frunciría el ceño y sacudiría la cabeza, tan confundida como el tutor.

Un mes después de que Winter renunciara a su don, pasó al lado de la chica durante sesiones y, por primera vez, la chica le sonrió de una manera que sugería un secreto compartido.

Se preguntaba si la chica sabía que Winter sólo estaba fingiendo. Se preguntaba si la chica agradecía tener un descanso semanal de lo que fuera que le forzaran a hacer el resto de los pupilos.

—Se llama enfermedad Lunar— dijo Jacin, mientras pasaban el rato una tarde en los aposentos de Winter. Aunque comenzaba a haber rumores sobre ellos dos, y sobre cómo pasaban más tiempo a solas del que deberían, Winter y Jacin se negaron a sentirse cohibidos por las muecas de desaprobación o los comentarios sarcásticos de la corte.

Además, sabía que sus guardias nunca dirían nada. Respetaban bastante a la familia de Jacin como para alimentar esos vergonzosos chismes.

Jacin deslizó su mano sobre los hologramas de medicina que iluminaban el centro de la habitación. Hubo un tiempo en el que veían historias de aventuras y jugaban juegos de realidad virtual en el nodo holográfico, pero ahora, la mayoría de las veces Jacin lo usaba para estudiar libros de anatomía y psicología en su lugar. En un año haría un examen vocacional, y su corazón había estado determinado a obtener una pasantía de medicina desde que Winter podía recordar.

Verlo tan emocionado cuando se ponía a hablar de ello le hacía sentir una calidez en su corazón, pero también sentía miedo al pensar en todos esos años que pasaría lejos de ella. Podía ser asignado a cualquier clínica médica de la Luna. Había una escasa probabilidad de que terminara en Artemisia, en la clínica médica o en los laboratorios, pero era más probable que acabara en los más inhóspitos sectores externos, al menos en sus primeros años de su entrenamiento.

Winter detestaba la idea de dejarlo ir, incluso temporalmente, pero nunca se lo diría, por el temor a que él desistiera de su sueño con el fin de estar con ella. No podría perdonarse por hacer algo así nunca. —¿Enfermedad Lunar?—. Puso una mano en su mejilla, sentada con las piernas cruzadas en la alfombra y mirando el nodo holográfico. Mostraba un muy aburrido diagrama cerebral.

—Ese es el término común. El nombre oficial es Psicosis de Supresión Bioeléctrica—.

—Nunca había escuchado de ella—.

—Es bastante rara. Se da cuando un lunar con don decide no usarlo por un largo periodo de tiempo. La única cura conocida es... bueno, empezar a usar el don de nuevo—. Jacin tensó la mandíbula conforme giraba el holograma de un lado al otro. —No parece ser muy común porque, ¿para qué iba a dejar de usar su don un lunar?—. La miró, y se veía preocupado, pero no crítico. Desde que Winter le había hecho saber su resolución, nunca había tratado de hacerla cambiar de opinión.

—¿Y qué es lo que hace?— dijo, recargándose en el sofá. —Digo, la enfermedad lunar— Jacin dejó caer los hombros. —Te hará enloquecer—.

Inclinó la cabeza a un lado, y se contuvo muy apenas de reírse a carcajadas. —Bueno, yo *ya* estoy loca, así que eso no suena tan mal para mí—.

Jacin hizo una mueca, pero la sonrisa que mostró era muy poco entusiasta. —Hablo en serio, Winter. La gente que sufre la enfermedad tiene alucinaciones con frecuencia. Algunas veces son horribles. Sentir que están siendo perseguidos o atacados. Viendo... monstruos—.

Winter hizo a un lado el tono juguetón y examinó el diagrama cerebral, pero era sólo un cerebro. ¿Qué tan aterrador podía ser?

—Yo ya tengo pesadillas y lidio con ellas muy bien— dijo. —Sobreviviré a esto también—

Jacin dudó. —Sólo quería que estuvieras preparada. Y...—. La examinó con la mirada. —Si alguna vez cambias de opinión, lo entenderé. Cualquiera lo entendería. No tienes que hacer esto, Winter. Puedes manipular a la gente sin ser cruel, ¿sabes?—.

Winter negó con la cabeza. —No creía estar siendo cruel cuando alejé a esa mujer del balcón—.

Jacin bajó la mirada.

—Va a tener que ser así— dijo Winter. —Aceptaré este efecto secundario. Aceptaré cualquier tipo de monstruo que mi mente quiera darme, pero yo no voy a convertirme en uno—.

Comenzaba a creer que Jacin sólo trataba de asustarla con toda esa conversación de enfermedades y psicología. Habían pasado cinco meses y se sentía fuerte que nunca, con más control de sus decisiones y más fuerza de voluntad de la que había sentido en toda su vida. Se acercaba su decimotercer cumpleaños, y su decisión de vivir únicamente de las habilidades que no incluyeran manipulación la hizo más consciente de cuáles eran esas habilidades.

La cortesía resultó ser eficaz cuando querías que alguien hiciera algo por ti. Y la amabilidad hacía ganar más admiración duradera que cualquier tipo de manipulación mental.

También comenzaba a hablarse de su falta de don. Aunque nadie podía llamarla caparazón, se estaba volviendo obvio que sus habilidades lunares eran inferiores a las de otros hijos e hijas de las familias de Artemisia. Algunos pensaban que era una pena que

su querida princesa se estuviera volviendo tan débil de mente, pero otros, creía, no se dejaban engañar tan fácilmente por las fallas de Winter. Los sirvientes comenzaban a darle sonrisas de aprecio cuando pasaban a su lado. Las miradas de miedo que notaba ante la presencia de su madrastra ya no existían con Winter, y tan sólo eso, la hacía más feliz, y fuerte, que cualquier clase de entrenamiento que hubiera tenido.

Además, había cambios en la forma de actuar de los aristócratas de Artemisia cuando ella estaba cerca, aunque Winter creía que eso tenía que ver menos con su don lunar y más con el estirón de crecimiento que al fin había llegado, obligando a las costureras a trabajar tiempo extra para bajar las bastillas a la altura correcta, ajustar las mangas para que no llegaran solamente a los antebrazos.

—Su Alteza se está convirtiendo en una bella dama— oyó decir a uno de los taumaturgos en la corte, y aunque la reina mostró un bufido de desaprobación, Winter vio varias personas asentir en concordancia, antes de bajar tímidamente la cabeza. —Por supuesto, no hay quien pueda competir con su belleza, mi Reina— continuó el taumaturgo, —pero estamos contentos de tener a una princesa tan linda entre nosotros. Creo que es un orgullo para esta corte—.

—Ella será un orgullo para esta corte y para esta familia— dijo Levana, jocosamente, — cuando aprenda a controlar su don como un miembro decente de la alta sociedad. Hasta entonces, ella no es más que una decepción—. Le dirigió una dura mirada a Winter. —Para mí, y sin duda para su padre—.

Winter se había encogido en su asiento, avergonzada.

Pero no había cambiado su decisión.

Además, algo le decía a Winter que Levana estaba equivocada. Su padre *habría* estado orgulloso.

En cuanto a Levana, Winter no podía dejar de preguntarse si eran celos lo que la había impulsado a burlarse. Pero, ¿celos de qué? ¿De que alguien la hubiera llamado bella, sabiendo que la Reina Levana era la más hermosa de todas?

Que absurdo.

La reina, quien nunca había mostrado calidez hacia Winter, ni siquiera cuando era una niña, se volvió más fría en las semanas siguientes. Siempre miraba a Winter con

desconfianza, con un gesto de molestia en sus labios. Winter no podía adivinar por qué la examinaba tanto Levana. Tenía un muy pobre concepto de cómo se veía, además de lo que le decía Jacin y los cumplidos que otros le hacían. Los espejos habían sido prohibidos en Artemisia incluso antes de la muerte de su padre.

—Se ve tan encantadora como siempre, su Alteza— dijo Provost Dunlin, besando levemente la mano de Winter. Desechó las ideas que tenía en mente y se obligó a no echarse hacia atrás. Aunque la fiesta que se celebraba en el gran salón era multitudinaria y llena de música y risas, sabía que su madrastra siempre estaba cerca y siempre observaba. No estaría complacida al ver a Winter despreciar los respetos de la corte. Sin importar lo asqueroso y baboso que le parecían algunos de ellos.

—Y usted es tan gracioso como siempre, Provost Dunlin— dijo, y aunque sonrió, era una sonrisa cautelosa.

—Mi hijo no ha parado de dedicarle cumplidos desde que la vimos en su fiesta de cumpleaños— dijo, acercando a su hijo. Alasdair era un poco mayor que Jacin, pero más bajo y significativamente más robusto, y usaba tanto sus espejismos como su padre.

Le sonrió a Winter como si estuviera completamente inconsciente de ese hecho, y también le besó la mano. —Es un placer verte de nuevo, Alasdair— dijo Winter.

—El placer *es todo mío*— Alasdair bajó su mirada hacia el busto de Winter, y ella pudo sentir un nudo en el estómago. Retiró rápidamente su mano de su agarre... pero su disgusto fue momentáneo. En seguida, se sentía llena de satisfacción por el cumplido, complacida por la adulación. Ella *estaba* madurando, y era agradable saber que los guapos y dignos chicos de la corte empezaban a notarlo...

Winter tuvo que controlarse a sí misma para no convertirse en una tonta tartamuda. Levantó la mirada hacia su madrastra, que la miraba con curiosidad, incluso cuando la Taumaturga Mayor Sybil Mira parloteaba sobre esto o aquello.

La reina Levana levantó una ceja, y Winter le hizo una reverencia antes de escabullirse fuera del salón.

Los sentimientos de adulación comenzaron a ceder, lentamente al principio, luego más y más rápido hasta convertirse en pura aversión.

Ese maldito bastardo la estaba manipulando. ¡Manipulando! Aunque esperaba espejismos de la corte, sólo la reina y sus taumaturgos se habían atrevido a manipular las emociones de Winter. Alasdair ni siquiera se molestó en ser sutil, lo que le molestaba más

a Winter, sabiendo lo fácil que la atrapó cuando no estaba preparada. Se estremeció, sintiéndose más violada de lo que pensó que podría hacerla sentir un simple truco mental. Sabía que algunos lunares eran capaces de poner barreras a sus mentes, pero tomaba práctica adquirirla y era una habilidad que no poseía. *Odiaba* a esta corte. Odiaba todas sus mentiras y sus fraudes.

—¿*Winter?*—.

Se detuvo.

El corredor estaba tranquilo aquí, aunque no completamente desierto, de no ser por las mujeres que iban y venían del tocador. Los guardias del palacio permanecían apostados junto a las paredes. Examinó cuidadosamente sus rostros, pensando quizá que el padre de Jacin, Garrison Clay, estaba entre ellos... pero no. No conocía a ninguno de esos hombres.

Winter...

—Su Alteza, ¿se encuentra bien?— preguntó uno de los sirvientes que andaban cerca. Ignorándolo, Winter comenzó a correr en dirección a la voz.

Era él. *Era él.*

Derrapó en una esquina, lejos del ala privada de la familia real, donde lo había visto vivo por última vez, y directo a los cuarteles de los guardias. El lugar donde había vivido su padre antes de que Winter naciera. Antes de que Levana declarara a Evret Hayle como su esposo y uniera sus vidas para siempre.

Winter...

Su voz era grave y cálida, justo como la recordaba.

Winter...

Atisbó su gran sonrisa. Recordó lo alto y fuerte que era. Podía lanzarla al aire y atraparla sin problemas cada vez.

Winter... Winter...

—¡*Winter!*—.

Se sobresaltó y se dio la vuelta en el instante en que Jacin la tomó del hombro. Salió de su aturdimiento. Volvió a mirar el corredor, más allá de los cuarteles de los guardias, hacia los pasillos de los sirvientes.

Vacíos.

Volvió a encontrar la mirada de Jacin. La veía usando su vestido, confundido. —¿Por qué no estás en la fiesta?—.

—Lo escuché— dijo, tomando la mano de Jacin entre las suyas. La apretó tan fuerte que una parte de ella temía destrozarle los dedos, pero él no se inmutó en lo absoluto.

—¿Quién?—.

—Mi padre— su voz se quebró. —Estaba aquí. Me llamaba y yo... yo lo seguí y... y...—

Su corazón comenzaba a calmarse. La compresión reemplazó al desconcierto, al mismo tiempo que la confusión de Jacin se convirtió en preocupación.

Soltándolo, se llevó una mano a la frente. No tenía fiebre. No estaba enferma.

Antes de que tuviera tiempo de asustarse de saber lo que significaba, Jacin ya la abrazaba, diciéndole que todo estaría bien. Que él estaba ahí. Que siempre estaría ahí.

Esa fue la primera de las alucinaciones.

Le siguieron más.

Y empeoraron.

Bestias hambrientas que emergían de las sombras en la noche, arañando todo el piso hasta su cama. Cadáveres colgando de los candelabros sobre las mesas del comedor. Un collar de joyas le apretaría el cuello, estrangulándola.

Por lo general, Jacin estaba ahí, tal como había estado toda su vida. Él se encargaría de aligerar las cosas y hacerla reír de lo absurdo que eran cualquiera de las cosas con las que jugaba su mente. Él hablaría con ella después de cada episodio con firme racionalidad, sin dejar lugar a dudas de lo que le decía. Él la abrazaría y la dejaría llorar, y fue en uno de esos abrazos en los que Winter se dio cuenta de algo con toda la fuerza y claridad de una ráfaga solar.

Estaba enamorado de él. Siempre, siempre había estado enamorada de él.

—Te traje algo— dijo Jacin, sonriendo pícaramente cuando la vio. Estaba tumbado en una banca de los jardines, con las piernas extendidas frente a sí. Era como si nunca pararía de crecer, a pesar de que sus piernas y brazos parecían no encajar con su cuerpo.

Llevaba una caja blanca con el sello del fabricante de dulces favorito de Winter. Sus ojos se abrieron en sorpresa. —¿Petites?—

—Mamá me llevó a comprar botas nuevas esta mañana y le pedí que me comprara unos—.

Winter se sentó en la banca de un salto, y se acomodó de tal manera que sus pies estuvieran bajo la rodilla de Jacin. Aunque los biodomos de la Luna regulaban la temperatura y el clima, siempre se sentía algo de frío junto al lago, seguramente por la cercanía. Winter no dudó ni un instante, abrió la caja, y se echó a la boca uno de sus dulces favoritos. Pudo sentir el agridulce sabor de las manzanas en su lengua.

—Supongo que quieres uno, ¿no?— dijo con la boca llena, fingiendo resentimiento al extenderle la caja a Jacin.

Él sonrió. —Que generoso, *Su Alteza*—.

Winter le hizo una mueca y tomó otro bocado.

Desde hace ya un tiempo, justo después de que se notara las desalentadoras probabilidades amorosas con su amigo, se había vuelto difícil y reservada. Pensó que debía comportarse como una dama cuando Jacin estaba cerca, como si estuviera frente a un pretendiente... si alguna vez llegaba a tener uno. Sonreía recatadamente cuando Jacin hacía una broma, lo tocaba solamente de forma tímida, y se sentaba propiamente como una princesa cuando estaban juntos.

Sólo duró unas tres horas, hasta que Jacin le dirigió una mirada de extrañamiento y le preguntó si todo iba bien con ella.

No tenía caso fingir ser alguien que no era ahora. Jacin conocía cada uno de sus secretos, cada hábito, y cada defecto. No había forma de ocultar eso, y además, esas tres horas sólo habían servido para hacerlo sentir incómodo, no enamorado.

Una fría voz interrumpió su degustación de dulces, haciendo que Winter sintiera una descarga de ansiedad por toda la espalda. —Winter—.

Una sola palabra, su nombre, le hizo sentir más terror que un montón de amenazas.

Jacin se puso de pie de un salto, quitándose los pedacitos de dulce de sus labios antes de inclinarse ante la reina.

Winter no lo hizo tan rápido como Jacin, pero ella también se inclinó haciendo una reverencia mientras se quitaba los trocitos de dulce de entre los dientes con la lengua.

—Hola, madrastra—dijo.

La mirada de la reina se posaba sobre Jacin. —Puedes retirarte, Jacin. Ve a buscar algo útil por hacer—.

—Sí, su Majestad— dijo, aun inclinado, y un segundo después ya se alejaba de ellas marchando, de vuelta al palacio. La rigidez de su andar hizo que Winter se preguntara si estaba imitando el modo de andar de los guardias, o si Levana controlaba su cuerpo.

—¿Necesita algo, madrastra?—.

Levana la miró por un largo rato.

Un muy largo rato.

Winter no podía adivinar nada con sólo ver su encanto, tan plácida como siempre, mostrando su fascinante belleza. Últimamente, había escuchado rumores de que *ella*, Winter, la desgarbada princesa de cabellos rizados, podría sobrepasar la belleza de la reina algún día. Siempre se echaba a reír al escuchar esas tonterías, convencida de que no eran más que vanas adulaciones.

Finalmente, Levana hizo una muy leve sonrisa. Quizá trataba de lucir confortadora, pero no lo era en lo absoluto. —Ven conmigo, Winter—.

Se dio la vuelta y se dirigió al palacio sin esperar a ver si Winter la seguía, porque claro que lo haría.

—Estás pasando demasiado tiempo con ese chico— dijo Levana mientras atravesaban la colosal entrada y caminaban por los brillantes pasillos del palacio. —Estás creciendo. Ya no eres una niña, pronto comenzarás a tener pretendientes, y quizá propuestas de matrimonio, incluso. Debes conocer bien el decoro y las expectativas. Ese es tu papel en esta familia. Debes asumir ese rol por el bien de la corona—.

Winter mantenía la mirada en el suelo. Nada de lo que le decía la reina era nuevo para ella, pero nunca habían abordado el tema tan abiertamente. *Sabía* qué se esperaba de ella, y casarse con el hijo de un guardia no tenía nada que ver con ello. Pero Levana

ignoraba el hecho de que ella misma se casó con hombre de clase media cuando era sólo una princesa. El padre de Winter. Un simple guardia de palacio.

Las burlas y los chismes de la corte continuaron desde ese día, hasta trece años después de su matrimonio, y cuatro después de la muerte de su padre. Era un error que Winter no podía permitirse cometer.

Ella se casaría por fines políticos.

Jacin se iría, se convertiría en un doctor y ella seguramente no lo vería de nuevo. — Por supuesto, madrastra— dijo. —Jacin es sólo un amigo—.

Era la verdad. Era un amigo, aunque uno por el cual Winter era capaz de arrancarse el corazón.

Levana la dirigió hacia el elevador, y seleccionó el último piso, los aposentos de la reina. Un lugar privado al que Winter rara vez había entrado.

La habitación era preciosa, se trataba del lugar más alto en toda Artemisia. Las paredes eran de cristal y se podía ver la ciudad entera, los límites del domo, y algunos de los inhóspitos terrenos lunares. Más allá del horizonte, se podía divisar la luz de los sectores cercanos.

Fue entonces cuando Winter se dio cuenta de lo raro que era ver que su madrastra estaba sola. No había un solo taumaturgo merodeando tras su hombro. Ningún simplón miembro de la corte trataba de ganarse su favor. Sólo había un guardia apostado en la puerta de los aposentos, y Levana lo despidió.

A Winter se le empezaba a revolver el estómago.

—El Maestro Gertman me dijo que no has mejorado en tus lecciones— dijo Levana, paseándose frente a un escritorio. —De hecho, dijo que no has mostrado una sola muestra de don lunar en casi todo un año—.

Winter sintió un atisbo de traición, pero sabía que no era justo. El tutor sólo hacía su trabajo, y una parte de ello era mantener a la reina informada del progreso de Winter. No podía culpar a su tutor por sus propias decisiones.

Bajando la mirada, Winter hizo su mejor esfuerzo por parecer avergonzada. —Es cierto. No sé qué sucedió. Pensé que las cosas iban bien, pero entonces... bueno, hubo un suicidio.

¿Lo recuerda? ¿A la sirvienta que se despeñó a la fuente?—.

—¿Qué hay con ello?—.

Winter se encogió de hombros tristemente. —Intenté detenerla antes de eso. Usé mi don para alejarla del balcón de la sala del trono y funcionó. Pensé que había hecho lo correcto. Pero entonces... después de que ella murió, fue cuando mi don comenzó a debilitarse—. Frunció el ceño y sacudió la cabeza. —No sé qué me pasa. Lo intento. De verdad que lo intento. Pero es como... como si mi don se hubiera roto—.

Para su sorpresa, sus ojos empezaron a lagrimear de verdad. Vaya que se estaba convirtiendo en una buena actriz.

Levana mostró desprecio. No se veía ni un rastro de simpatía en ella. —Esperaba que progresaras bien y te convirtieras en un útil miembro de esta corte, pero parece que saliste a tu padre después de todo—. Hizo una pausa. —De seguro recuerdas que tampoco tenía habilidad alguna en su don—.

Winter asintió. —Los guardias nunca la tienen—.

No tenía idea si su madre, su madre biológica, había tenido talento con su don. Nadie hablaba de ella, y Winter sabía que era mejor no preguntar.

—Pero ambas sabemos que no tienes tanta carencia de talento como tu padre, porque el Maestro Gertman me dijo una vez que mostrabas un maravilloso potencial. De hecho, él te consideró uno de sus más prometedores estudiantes, y está tan desconcertado como todos por tu actual falta de talento. Empiezo a preguntarme si esto no es producto de algún... trauma psicológico. ¿Tal vez fue a raíz de ese suicidio?—.

—Puede ser, pero no sé cómo arreglarlo. Quizá necesito ver un doctor en lugar de un tutor—. Winter apenas pudo ahogar su sonrisa. *Un doctor*. ¿Qué podría prescribirle a una chica que enloquecía, y que veía monstruos arrastrándose cerca de su puerta cada noche?

Pero no iba a mencionarle eso. Sabía cuál era su problema. Sabía cómo hacer que las alucinaciones se detuvieran. Pero no se iba a rendir. Winter era más fuerte que los monstruos.

—No— dijo Levana. —Tengo otra idea, princesa. Un poco de motivación extra para que te concentres en tus estudios—.

Abrió un cajón, sonriendo serenamente. Cada movimiento era grácil y preciso. La reina siempre se movía como un bailarín. Tan controlada. Tan digno de ver, incluso ahora, a pesar de la crueldad que Winter sabía que ocultaba bajo su belleza.

Se quedó quieta, esperando un plan de estudios, o unas triviales instrucciones para practicar su don. En su lugar, la reina sacó un cuchillo.

La empuñadura fue tallada de cristal blanco y la hoja era obsidiana negra. Justo como su madrastra, era amenazador y hermoso a la vez. Winter sintió un nudo en el estómago. Sentía el impulso de salir huyendo, pero sus pies estaban pegados a la alfombra. —¿Madrastra?—.

—Vas a aprender a usar tu don, Winter. No vas a avergonzarme a mí o a esta corona más de lo que ya lo has hecho—. Acercándose, le extendió el cuchillo, con el mango hacia ella.

Winter se quedó estupefacta, pero finalmente se obligó a tomarlo. Su mano temblaba, pero sabía que había tomado el cuchillo por voluntad propia. No estaba siendo coaccionada.

Al menos, no todavía.

Había visto esta escena decenas de veces antes en la sala del trono. Criminales siendo sentenciados a suicidio inducido.

—No lo entiendo—.

—Eres una niña muy bonita—. La expresión de Levana todavía era serena. A Winter todavía le temblaba el brazo. —No queremos arruinar esa belleza, ¿o sí?—.

Winter tragó saliva.

—Manipúlame, Winter. Adelante—.

—¿Qué?— chilló, segura de no haber escuchado bien. Sólo había practicado en maleables sirvientes antes. Ni siquiera estaba segura de poder manipular a su madrastra, aun si lo intentara... y no lo iba a intentar. No podía hacerlo, no después de haber trabajado tan duro para liberarse de sus instintos lunares.

¿Pero qué estaba planeando la reina?

Winter empezó a imaginarse su garganta siendo cortada de lado a lado. Su corazón empezó a repiquetear.

—Pruébame que eres capaz de una simple manipulación— dijo Levana. —Que no eres solo una pérdida de tiempo y protección. Que no eres la ridícula princesa que toda la gente de Artemisia cree que eres. Solo una pequeña y minúscula manipulación, y... te dejaré ir—.

Winter bajó la mirada al cuchillo que sostenía en su mano.

—Pero— continuó Levana, con un tono más cortante —si fallas, te daré una nueva razón para practicar tu don. Te daré algo que *esconder*. Créeme, sé lo fuerte que puede ser una motivación así. ¿Lo entiendes?—.

Winter no entendía.

Aun así asintió.

Apretó con más fuerza la fría empuñadura.

—Adelante, entonces. Incluso te dejaré escoger qué manipulación harás. Un espejismo. Una emoción. Hazme tomar de vuelta ese cuchillo si puedes. No opondré resistencia—. La sonrisa de Levana era paciente, casi maternal, si tan solo supiera cómo se veían las sonrisas maternas. Pasó un muy largo rato antes que la sonrisa se desvaneciera. Un muy largo rato en el que Winter consideró su decisión. Su determinación. Su voto.

Ya no usaré mi don jamás. Nunca más.

—Lo siento— susurró Winter con una garganta seca. —No puedo—.

La reina le sostuvo su mirada. Pasiva al principio, antes de que Winter viera una chispa de furia en sus ojos, una ira que hervía con creciente aborrecimiento. Pero pronto cedió, suavizándose hasta mostrar una simple desaprobación.

—Que así sea—.

Winter se sobresaltó al notar su mano se movía por cuenta propia. Cerró los ojos con fuerza para no ver más la distante expresión de Levana conforme volvía a imaginarse cosas en su mente. Su garganta cortada de lado a lado. Su sangre salpicando el suelo.

Su respiración se agitó conforme la punta del cuchillo rozaba su cuello. Su cuerpo entero se puso rígido.

Pero el cuchillo no cortó su garganta. Siguió subiendo y subiendo, hasta alcanzar la esquina de su ojo derecho.

Su estómago se revolvió. Su corazón repiqueteó.

Sollozó conforme la hoja cortaba la suave piel bajo su ojo y avanzaba lentamente hacia su mejilla. Sintió cómo empezaban a brotar lágrimas de miedo en sus ojos debido al punzante dolor que sentía, pero cerró fuertemente los ojos y se negó a dejarlas caer.

El cuchillo se detuvo a la altura de su mandíbula, y la mano que sostenía el cuchillo empezó a bajar. Winter tragó saliva con dificultad, mareada del horror, y abrió los ojos.

No había muerto. No había perdido un ojo. Podía sentir la sangre recorriendo su mejilla y su garganta, y acumulándose en el cuello de su vestido, pero sólo era un corte. Sólo era sangre.

Parpadeó rápidamente, dispersando cualquier lágrima antes de que pudiera traicionarla, y encontró la endurecida mirada de su madrastra.

—¿Y bien?— dijo Levana entre dientes. —¿Quieres intentar otra vez antes que tu belleza quede aún más arruinada?—.

Belleza, pensó Winter. Por supuesto. Lo que tanto significaba para la reina, y tan poco para ella. Podía tolerar el dolor. Podía soportar la cicatriz.

Se llenó de una nueva determinación. No le permitiría a la reina ganar esta batalla. Se rehusaba a negarse a sí misma al caer en los juegos mentales de la reina.

—No puedo— dijo otra vez.

El cuchillo se acercó otra vez a su rostro, trazando otra línea paralela a la primera. Esta vez, mantuvo los ojos abiertos. Aunque la sangre se sentía tibia, ya no tenía miedo de dejar caer pequeñas lágrimas sobre su mejilla.

—¿Y ahora?— dijo Levana. —Vamos, Winter. Una pequeña manipulación. Prueba tu valía a esta corte—.

Winter sostuvo su mirada. La cara de su madrastra había perdido su habitual calma. Se veía claramente furiosa. Hasta sus hombros comenzaron a temblar de ira.

Ambas sabían que ya no era una princesa que ridiculizaba a la familia real. Levana sin duda podía sentir la oposición golpeándole las entrañas.

La reina podía hacerle hacer *lo que fuera*. Sólo tenía que pensarlo, y ella lo haría. Pero esto no. No podía forzar a Winter a hacer esto.

Era una verdadera lucha para Winter mantener una orgullosa sonrisa en su rostro y declarar: —No lo haré—.

Levana gruñó y el cuchillo la cortó otra vez.

Cuando la reina la dejó, Winter se negó a salir corriendo a sus aposentos. Caminó con realce, con la cabeza bien en alto y con un firme andar sobre el mármol. Ni siquiera consideró usar su don para ocultar esas tres lesiones y la sangre que bajaba hasta su cuello, ensuciando su vestido. Estaba orgullosa. Sus heridas eran la prueba de que había librado una batalla y había sobrevivido.

La gente se detenía a mirarla, pero nadie le preguntó por los tres cortes en su piel. Nadie la detuvo. Sus guardias, que habían jurado defenderla a cualquier costo, no dijeron nada.

Esto probaría que la reina estaba equivocada. La piel de Winter estaría arruinada de por vida, pero no dejaría que las cicatrices la llevaran a la rendición. Las cicatrices se volverían su armadura, y un recordatorio constante de su victoria.

Podía estar desamparada. Podía estar loca. Pero nunca estaría derrotada.

Cuando llegó a sus aposentos privados, se detuvo en seco.

Jacin la esperaba en la puerta de su habitación. A su lado, estaba la Taumaturga Mayor Sybil Mira, usando su prístino traje blanco.

Jacin miraba al suelo, su cara se veía tensa.

Sybil sonreía, con una mano en el hombro de Jacin. Y cuando ambos miraron a Winter... Jacin se veía consternado al principio, aunque cambió esa expresión al horror, mientras que Sybil...

Winter se encogió de hombros.

Sybil Mira no se veía sorprendida en lo absoluto, tampoco mostraba ni siquiera el más pequeño rastro de simpatía. Levana le debió haber contado antes sus planes. A lo

mejor había sido idea de Sybil incluso. Winter sabía que el taumaturgo mayor ejercía una gran influencia sobre la reina.

—¿Qué sucedió?— dijo Jacin, quitándose de encima la mano de Sybil y corriendo hacia ella. Tuvo el impulso de tocar su sanguinolenta mejilla con su mano, pero dudó. Envolvió su mano en su manga antes de presionar levemente sus heridas.

—¿Quiere que llame a un médico, su Alteza?— dijo Sybil, metiendo sus manos en sus mangas.

—Estoy bien, gracias. ¿Podría hacerse a un lado para que pueda retirarme a mis aposentos?—.

—Si está segura de que no puedo serle de utilidad— Sybil se hizo a un lado, incluso inclinó su cabeza, pero mostraba una maliciosa sonrisa cuando Winter pasó de largo. Jacin la siguió, paso a paso, aplicando presión en la mejilla que Winter no se atrevía a tocar. Todavía ardía, y el dolor era un persistente recordatorio de lo que había soportado y las decisiones que había tomado. Nunca se arrepentiría de esas decisiones, con o sin cicatrices.

—¿Quién te hizo esto?— demandó saber Jacin, mientras Winter cerraba la puerta del dormitorio, dejando a su guardia personal afuera.

—Lo hice yo, por supuesto— dijo, mientras él comenzaba a mirarla estupefacto y horrorizado. —*Mi mano* lo hizo—.

Jacin tenía una mirada dura, llena de ira. —¿La reina?—.

Winter no tuvo más que guardar silencio para confirmarlo.

El odio comenzó a hacerse patente en su cara, pero se dio la vuelta demasiado rápido como para que Winter pudiera notar qué tan profundo era. La jaló al cuarto de baño y la sentó en el borde de la bañera. En cuestión de minutos, ya le había limpiado las heridas y le aplicó una abundante cantidad de unguento de curación.

—No debí dejarte ir— murmuró apretando los dientes mientras le aplicaba un improvisado vendaje de tiras de algodón. Winter estaba impresionada al ver que podía mantener sus manos tan calmadas, siendo que mostraba una expresión tan furiosa.

—No tenías otra opción— dijo. —Ninguno de nosotros la tenía—.

—¿Por qué habría de hacerte eso? ¿Está celosa?— .

Winter encontró su iracunda mirada. —¿Por qué habría de estar celosa la reina de mí?—

Jacin se puso aún más furioso. —¿Qué podría obtener con esto?—.

—Dijo que quería enseñarme a usar mi don, para que dejara de ridiculizar a la corona.

Así que pensó que yo... creyó que esto me motivaría a usar mi encanto—.

Jacin comenzaba a entender. —Para esconder las cicatrices—.

Asintió. —Creo que también quería recordarme que yo... le pertenezco. Que no soy más que un peón en su juego, para que me acostumbrara a sus propósitos—. Se desplomó, dejando de lado la compostura que tanto trabajo le costó adquirir. —Pero yo no soy su peón. Me niego a serlo—.

Jacin se entretuvo exprimiendo una toalla por un largo rato, se veía como si quisiera seguir trabajando, seguir limpiando, seguir curándola, pero ya había terminado de hacer lo que podía. Finalmente, con un bufido, se sentó a su lado en la bañera. Su ira empezaba a ceder, reemplazándola con culpa. —Si ella piensa que te niegas intencionalmente a usar tu don, podría tomarlo como una muestra de rebeldía—. Su tono era suave ahora, aunque sus dedos apretaban con dureza la toalla. —Creo que está celosa. De alguien como tú. A ti te respetan. Y no tienes que manipularlos para lograr eso—.

—No estoy intentando hacer nada—dijo Winter. —Sólo... solo no quiero ser como ella. ¡Como ellos!—.

Jacin sonrió, pero era una débil sonrisa. —Exacto. ¿Qué podía ser más amenazador que eso?—.

Se dejó caer más, apoyando su cara en sus manos, con cuidado de no tocar su irritada mejilla. Luego frunció el ceño y miró de reojo a Jacin. —¿Qué quería la Taumaturga Mira?—.

Él inhaló profundamente. Por un momento, creyó que no diría nada, pero finalmente habló: —Vino a decirme que necesitaría buscar un nuevo alojamiento si planeaba quedarme en

Artemisia hasta que empezara mi pasantía el próximo año—.

Winter mostró un gesto de confusión. —¿Un nuevo alojamiento? ¿Por qué te vas del palacio?—.

—Porque mis padres se irán—.

Se enderezó.

—Mi padre ha sido transferido a uno de los sectores exteriores, como un guardia de seguridad—.

Winter sentía el corazón latiendo fuertemente. —¿Una degradación? Pero... ¿por qué?—.

Jacin comenzó a sacudir la cabeza, pero se detuvo y encontró su mirada, y Winter supo instintivamente por qué. Estaba pasando demasiado tiempo con este chico.

Estaba *enamorada* de este chico.

Y eso no encajaba en los minuciosos planes de Levana para ella. Eso podría causarle problemas a la reina y cualquiera que fuera la alianza para la que planeaba usar a Winter como moneda de cambio.

Manda lejos a su familia, y el chico se irá también. Winter hizo un gesto de sorpresa.

—A mis padres no parece molestarles— dijo Jacin. —Creo que están aliviados de alejarse de Artemisia. De todos los políticos—. *De las manipulaciones*, quiso decir, pero no tenía qué hacerlo.

—Vas a dejarme— susurró.

Jacin frunció los labios. Se veía asustado conforme pasaba su mano bajo el brazo de Winter y enlazaba su mano con la suya. Sus manos parecían encajar perfectamente una con la otra. Habían pasado años de la última vez que se tomaron de las manos, y Winter deseaba que esto durara para siempre.

—No— dijo. —No te dejaré—.

Winter se sorprendió. Mostraba en su espíritu una inesperada determinación. —¿Pero a dónde irás si no puedes quedarte aquí?— preguntó. —Además, cuando tu pasantía empiece, tendrás que irte de todas maneras, y...—

—La Taumaturga Mira me dio otra opción. O...—. Tragó saliva. —La reina me dio otra opción. Me invitaron a unirme a la guardia del palacio. Podría empezar con mi entrenamiento desde la próxima semana—.

Winter se sorprendió e hizo su mano a un lado. —No. ¡No! Jacin, no puedes hacer eso. ¿Qué hay de ser un doctor? ¿Qué hay de...?—.

—Podría quedarme contigo, Winter. Podría quedarme aquí en el palacio—.

—Al menos hasta que te envíen a los sectores exteriores, ¿no?—.

—No lo harán—.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?—.

—Porque seré el guardia más leal que la reina haya tenido—. Su expresión era distante. Determinada, quizá.

Jacin soltó ligeramente su mano. Levana podía amenazarla, podía amenazar su vida. Quizá ya lo había hecho, y seguramente por eso Jacin había considerado esta posibilidad en primer lugar. Haría lo que fuera que le pidieran si creyera firmemente que era para protegerla.

—¿Sabías que hacemos pruebas de aptitud a los catorce años?— dijo Jacin, incapaz de mirarla. —Mi resultado fue como un potencial piloto. La Taumaturga Mira me dijo que podría servirle de guardia y piloto personal—.

—No, Jacin. No puedes. Si lo haces, nunca podrás zafarte.

Soltando su mano, se puso de pie y comenzó a pasearse por el cuarto de baño. —No sé qué más hacer. No puedo dejarte aquí, especialmente ahora, después de esto—. Hizo un gesto hacia su mejilla y Winter se tocó la herida con un pañuelo. La sangre aún seguía fresca.

—No quiero que seas un guardia, Jacin. No después de... lo que le pasó a mi padre...— Su voz se quebró.

Asesinado por un taumaturgo, sin oportunidad de defenderse. Porque era débil. Jacin era *débil*. *Ella* era débil.

No tenían oportunidad alguna contra la reina y su corte. Peones. No eran más que peones.

—Creo que debes irte— dijo. Jacin la miró, dolido. —Quiero decir, con tus padres. Creo que deberías irte con ellos. En un año, obtén tu pasantía de medicina y sé el doctor que siempre has querido ser. Es lo que siempre has soñado, Jacin. Ayudar a la gente. *Salvar* a la gente—.

—Winter, yo...—

Se mostró sorprendida de pronto, con la mirada fija en la pared detrás de Jacin. Había una ventana de vidrio esmerilado ahí, que dejaba entrar suficiente luz diurna a la habitación para hacerla lucir radiante e iluminado.

Pero la luz empezaba a empañarse. Por sangre.

Rojiza, espesa y pegajosa sangre que emanaba del cemento del borde de la ventana e iba goteando hacia los lados y se acumulaba en las soleras.

Comenzó a temblar. Jacin se dio la vuelta, mirando hacia donde Winter veía. Guardó silencio un momento antes de decir: —¿Qué? ¿Qué pasa?—. Volvió a mirarla a ella.

Algo goteó en el brazo de Winter. Levantó la cabeza.

El techo. Estaba cubierto.

Rojo, completamente rojo. El sabor a hierro en su lengua. Su boca estaba llena de ella.

Su pecho empezó a llenarse de pánico y náuseas. Se echó al piso abrazando sus pies, mirando a la sangre goteando desde el techo, empapando el dorado papel tapiz y las molduras de madera, manchando el piso entero.

—Winter. ¿Qué pasa? ¿Qué estás viendo?—.

La sangre llegaba a sus pies. Se dio la vuelta, lo hizo a un lado, y salió corriendo del cuarto de baño. —¡Winter!—.

Su habitación no era mejor. Se quedó congelada en medio de ella. La sangre había hecho una cascada sobre su cama, manchando las cortinas de rojo, inundando la alfombra bajo sus pies. La puerta que llevaba al corredor chorreaba sangre desde las jambas.

No podía quedarse. No podía irse.

Se tropezó y trastabilló con sus débiles piernas, luego corrió hacia la única vía de escape, las puertas que llevaban al balcón. Escuchó a Jacin gritar tras ella, y esperaba que la siguiera, esperaba que no se quedara atrapado en este hedor sofocante y este incesante brote...

Abrió las puertas de un empujón.

Se golpeó el estómago con la barrera protectora y se aferró de la barandilla. La sangre seguía emanando. Salía de la habitación, corría por el balcón y se derramaba hacia los jardines.

Era el palacio. Todo el palacio estaba sangrando.

Llenará en lago entero.

Respirando con dificultad, subió una pierna a la barandilla y se acostó sobre el borde.

Unos brazos la tomaron justo antes de que el peso le ganara hacia adelante. Sintió una presión en el estómago, pero era Jacin arrastrándola de vuelta a la habitación. Chilló y manoteó, exigiendo que la soltara. Si no lo hacía, se iba a ahogar. Los dos iban a ser tragados vivos...

La acostó sobre la tibia y pegajosa alfombra, y la obligó a poner las muñecas a cada lado de su cabeza.

—¡Detente, Winter!— lloró, inclinándose hacia ella y presionando su mejilla sobre la suya en un intento por calmarla. —Todo está bien, Winter. Estás a salvo—.

Winter giró su cabeza hacia él y trató de morderlo. Jacin se echó para atrás justo a tiempo para evitar que alcanzara su oreja. Gritó, frustrada, forcejeando y pataleando, pero Jacin se negó a ceder. —Estás a salvo— susurró, una y otra vez. —Estoy aquí—.

Winter no tenía idea de cuánto duró la alucinación. Cuánto tiempo luchó, tratando de quitarse de encima la sangre que brotaba de cada superficie de la habitación. Una habitación que otrora había sido un santuario.

Santuario.

No había ningún lugar seguro. No en Artemisia. No en toda la Luna. Excepto... *en Jacin.*

Cuando los gritos dieron lugar a histéricos sollozos, Jacin por fin cedió el fuerte agarre de la muñeca de su mejor amiga.

—Es por esto— susurró, y a Winter le pareció que de un momento a otro empezaría a llorar también. —Es por esto que no puedo dejarte, Winter. Es por esto por lo que nunca me iré—

Las pesadillas volvieron otra vez. Y otra. Fueron semanas enteras. Armas de fuego. Ojos muertos. La sangre salpicando las paredes.

Solo que, por esta vez, la reina no se limitó a inclinarse sobre el cadáver de su difunto esposo y a llorar, y a llorar, y a llorar. Esta vez, tomó el cuchillo con el que había apuñalado al taumaturgo e hizo tres marcas paralelas en la mejilla del padre de Winter.

Winter intentó mantenerse fuerte, sabiendo que cada vez que buscara la seguridad de Jacin, él le reafirmaría su inmutable decisión de quedarse. Se quedaba quieta en su cama e intentaba repetirse que todo estaba bien cubierta por sus sábanas.

Hasta que una noche, no pudo soportarlo más. El único lugar seguro que había, era a su lado.

Con su pijama aun húmedo por el sudor frío, salió corriendo de sus aposentos, fingiendo no darse cuenta que su guardia nocturno la seguía en su andar.

Jacin la abrazaría. Jacin la confortaría. Jacin haría que las pesadillas se fueran. Solo que... Jacin se había ido.

Eso fue lo que le dijeron cuando llegó a los cuarteles, de pie frente a la puerta del apartamento donde vivían los Clay y las otras dos familias. Él y su familia habían sido transferidos el día anterior y ni siquiera lo había sabido, ni siquiera se lo había dicho, y ni siquiera dijo adiós.

Degradado. Transferido. *Ido.*

Impactada y descorazonada, Winter se retiró. Vagó sin rumbo por el pasillo principal del palacio.

Ido.

Ella le había dicho que se fuera. Creyó que era lo mejor. Era la única manera de que él tuviera una oportunidad de ser feliz. Tenía que alejarse de Artemisia. Alejarse de la reina. Alejarse de *ella*.

Con todo, no había creído que se fuera de verdad.

Jacin.

Su amigo *más querido*.

Su *único* amigo.

Igual que Selene. Igual que su padre. Se fueron.

—Win... ¿Princesa?—.

Se congeló. Lentamente se dio la vuelta. Era él, pero no era él. Una alucinación. Porque este que veía, no podía ser su Jacin, usando el planchado uniforme de guardia en entrenamiento, con el cabello cuidadosamente peinado y acomodado tras sus orejas, sin ser lo suficientemente largo como para atarse en la nuca. Permanecía de pie con los brazos apostados a los lados, como si esperara recibir órdenes.

Ni una sonrisa. Ni un destello de picardía en sus ojos. Apenas era reconocible.

—Jacin— susurró al fantasma que lucía igual que su mejor amigo.

Tragó saliva en lo que pareció ser una forma de descargar dolor. Apretó la mandíbula y juntó los talones torpemente. Le desvió la mirada, mirando a la pared con la misma mirada distante que tenían los guardias. La misma mirada vacía.

—¿Quiere que la escolte a sus aposentos... Princesa?—. Justo como un guardia.

Winter, por costumbre, echó los hombros para atrás, adoptando una postura más erguida. Una defensa. Tendría una actitud amable y grácil.

Justo como una princesa.

Era extraño lo rápido que esto se convertía en algo natural.

Se dio cuenta de que habían estado jugando este juego por años. Él era su leal guardia. Ella era la princesa a la que debía proteger.

—Sí— dijo, tan fuerte como su voz se lo permitió. —Gracias... Sir... Clay—.

Negó levemente con la cabeza. —Recluta Clay, su Alteza. Guardia en entrenamiento—

—Recluta Clay—. Tragó saliva y lentamente se alejó de él, caminando torpemente de vuelta a los pasillos. Él la siguió. Respetuoso y distante.

Se atrevió a dirigirle una nerviosa sonrisa por encima de su hombro. —Si no está muy ocupado con su entrenamiento más tarde, Recluta Clay, me temo que podría necesitar que me rescaten de un pirata—.

Sus ojos se crisparon. No la miró, ni tampoco sonrió... pero Winter notó algo por un instante. Un nuevo brío en sus ojos.

—Sería un honor, Princesa—.